

1756). Voltaire es, tal vez, el primer filósofo que considera legítima una filosofía de la historia, lugar donde se sintetizan la naturaleza y la matemática, investigación de una suerte de gran sujeto del devenir que sería un geómetra eterno, legislador sometido a sus propias leyes. Voltaire anticipa la sistemática de la historia en el positivismo, las leyes históricas y su constancia ineluctable. Pero, de modo ambivalente, proclama el célebre aforismo historicista: *Individuum est ineffabile*. O sea, leyes, haberlas haylas, pero no llegan a lo individual, que sólo se aprehende desde dentro del individuo y no puede, por tanto, explicarse. De ahí su inefabilidad. Podemos decir de las normas, pero no podemos decir de los individuos. Por ejemplo: no podemos juzgar a los chinos con pautas europeas.

También hay historicismo en Montesquieu, a partir de una perspectiva relativista. Los valores, los criterios de verdad y error, no son absolutos, sino epocales, de modo que tienen una vigencia temporal y caducan cuando pasa su época. Hay como una ecología histórica, constituida por el clima, el medio ambiente, las costumbres, etc., que condicionan el *genio natural* del sujeto histórico, que es el pueblo o *nation*. Así es cómo el legislador, sin violentar los principios racionales del gobierno, que son universales, debe respetar estas peculiaridades irreductibles al fraguar sus leyes. Por ejemplo: la religión de los mejicanos, que repugna a ciertas conciencias europeas, es buena para los mejicanos y, viceversa, el cristianismo es impertinente en China, donde su implantación resulta imposible.

Sabemos que la historia consiste (entre tantas otras cosas) en pensar las variables y, si se quiere, hacer pensables las variables mismas, conciliando su variabilidad con ciertas invariaciones que atañen al propio pensamiento. Algo se crea incesantemente en la imperfección de los fenómenos históricos y esta creatividad de la historia es la que consuela al historiador de sus desazones lógicas y lo justifica en esa difícil tarea de razonar algo que sabe imperfecto, siendo que la razón suele pretender plenitudes y perfecciones inapelables.

La diferencia radical entre el historicismo y la dialéctica de la historia como un universo estriba en que el primero considera irreductibles cierto nivel de variables, en tanto la segunda tiene, de antemano, la esperanza de que todas las variables respondan a una misma lógica (dinámica, esto es claro), y que dicha lógica se sitúe en el proceso mismo de la historia y no fuera de ella. Para el historicismo hay diversidad de sujetos históricos que, en el fondo, no se tocan ni se entienden. Para la dialéctica, la historia es el sujeto de sí misma, y se piensa a la vez que se hace y viceversa.

Otras reediciones de estos tiempos ahondan en la experiencia historicista, esta vez concretamente española, y permiten hacer algunos razonamientos paradójicos. Me refiero a la reimpresión por Planeta de *Genio de España. Exaltaciones de una resurrección nacional y del mundo*, de Ernesto Giménez Caballero (la primera edición es de 1932 y hay adiciones, hoy de escalofriante pintoresquismo, en las reediciones de 1938 y 1939 que hizo Jerarquía de Barcelona), y a la reedición de *España en su historia. Cristianos, moros y judíos*, de Américo Castro, por Crítica-Grijalbo de Barcelona, treinta y cinco años después de la primera redacción de lo que luego sería *La realidad histórica de España* (primera edición de 1954; segunda renovada en Porrúa, México, 1962), textos en que pueden rastrearse ciertas constantes del pensamiento histórico del autor,

diseminado también en obras como *Origen, ser y existir de los españoles* (1959), *Dos ensayos* (1956), *Santiago de España* (1958) y *Sobre el nombre y el quién de los españoles* (1965, 1970 y 1973).

Lo paradójico es comprobar cómo coinciden historicistas de cuño político tan disímil como el embajador de Franco ante el Paraguay del general Stroessner y el embajador de la Segunda República ante la Alemania del cabo Hitler.

En síntesis, las notas de esta intelección de la historia pueden apuntarse como sigue:

1.º Se considera que España es un sujeto histórico, homogéneo y único.

2.º Se busca su origen y se lo data.

3.º Se lo caracteriza por medio de una serie de incisos de psicología colectiva que actúan como constantes inmodificables y notas de identidad del «ser nacional» o *Volkegeist*.

4.º El historiador es un perceptor privilegiado que, por medio de un acto fenomenológico de inmersión dentro del sujeto histórico *España*, alcanza a conocer, sin mediación discursiva, las notas esenciales de lo hispánico que se apuntan en el apartado anterior.

5.º El carácter de la historia española está signado por una finalidad a la cual se dirige el sujeto histórico *España*. Ocupar ese punto final de la historia es una tarea de dicho sujeto, lo que da a su historia cierto talante *misional*.

Para Giménez Caballero, el sujeto histórico *España* se puede caracterizar sexualmente y tiene elementos andróginos (como la divinidad en numerosas teologías): es la madre de la que todo surge y es el *genio*, o sea, el engendrador, es decir el padre. *Genio* y *nación* tienen una etimología común que coincide con la de Dios, *divus*: lo rico, lo fecundo, lo abundante. En sentido moderno y laico: la vida misma, considerada sagrada y que sacraliza la forma política de la nación.

Considera el autor que ha sido un error histórico desacralizar el poder político (la tarea del maquiavelismo y de la moderna teoría democrática). El poder es de origen divino y, por lo mismo, totalitario, desde que Dios es totalidad. Vértice simbólico del poder es el mismo Dios, que impone sobre dicho poder el carácter señorial de un deber, un servicio, un acto de humildad. No hay derechos ni favores, por tanto, en el mundo de lo político.

El elemento inmodificable propio de la concepción historicista radica, para Giménez Caballero, en un encuentro cíclico entre dos genios o divinidades históricas, que se enfrentan de modo recurrente en una suerte de contienda eterna: Oriente (supremacía de Dios sobre el hombre, dependencia del hombre respecto a Dios) y Occidente (supremacía del hombre sobre Dios, dependencia del hombre respecto al todo): la autoridad y el yo contra la libertad y la disolución.

España es ya una unidad antes de la llegada de los romanos, y alcanza su primera expresión unitaria y nacional en la monarquía gótica. Caracterizan a España la ausencia de vulgo y proletariado, el dar al César y a Dios lo propio de cada cual, una mirada trascendente al corazón de sí misma imantado por la tradición, un saber popular que se enfrenta al saber filosófico de los pedantes, la apelación a la muerte y a los muertos.

La síntesis de este proceso histórico es la recuperación del manantial subterráneo de la nacionalidad, oculto por la desvirtuación extranjerizante de los sucesivos «novecentayochos» españoles, sumisiones al invasor. La forma política de esta recuperación es el falangismo, el culto a la porra (*fálanx* significa estaca) y la síntesis armónica del capital y el trabajo en un Estado elevado a la categoría de Dios.

Castro incide en lo mismo que Giménez Caballero: en la diferencia absoluta e irreductible de lo español y en la única posibilidad de ser conocido desde dentro y de un modo afectivo («trémulo» dice G. C.). Veamos dos citas:

La españolidad (*recordar la hispanidad de Ramiro de Maeztu, B. M.*) es una dimensión de la conciencia colectiva, no ligada a la biología ni a la psicología de los individuos. Es español quien se siente estarlo siendo en compañía de otros, o es reconocido como tal por quienes se ponen en contacto con él.

Lo admirable o desesperante de la historia española ha de hacerse comprensible y valorable en y desde ella misma, en algo, en último término, sin paralelo en la Europa occidental, pese a los esfuerzos de quienes pretenden *normalizar* la historia de España y situarla a nivel de contenidos y en paralelismo temporal con la de Europa.

En síntesis: «ser español equivale a haberse estado sintiendo existir socialmente de un modo peculiar y único».

Lo irreductible y, por lo mismo, inefable, del sujeto histórico (recordemos el aforismo voltairiano) hace de la historia algo finalmente misterioso, el «enigmático vivir-morir» de los españoles. Dentro de la peculiar nomenclatura castriana, hay «la morada de la vida» (el lugar de adentro) y un modo de vivir en ella que se llama «la vividura».

Algunos caracteres de la epistemología castriana de la historia lo familiarizan con expresiones clásicas del historicismo. El tomar, en principio, la vida de los hombres extraordinarios como síntoma de la vida colectiva remite a la historiografía heroica de Carlyle, lo mismo que la definición de la historia como «una biografía, una descripción llena de sentido de una forma de vida valiosa». El historicismo romántico aparece en la caracterización del conocer histórico no como acaecer de sucesos, sino «un vivirlos, o un desvivirse». Historiar es «entrar en el existir de quienes vivieron su propia historia; dentro, no fuera de ella». Es decir que la historia de España sólo la pueden entender los españoles, que son los únicos a quienes es dado acceder al sujeto histórico *España*.

Spengler podría haber escrito esto: «Las civilizaciones nacen, progresan y se agostan». Y Nietzsche esto otro: «La historia es el resultado de una voluntad colectiva o hecha colectiva, que se propone metas valiosas». Y Bergson: «Así es porque así es la vida». Es decir, que en último análisis (no hay tal análisis en rigor), la vida se conoce a sí misma en la intimidad de la historia de un modo inmediato que no puede ser discursivo, es una intuición de la vida por la vida misma, en un majestuoso estar-ahí. Existencia inmediata y compacta que afecta la forma de un enigma.

Aparte de vitalista e historicista, esta concepción de la historia puede caracterizarse como idealista. En efecto, la idea, que es el vivir dentro de la morada vital, es algo que existe antes que la vida histórica exterior, y ésta resulta una proyección de aquélla.

La vida historiable consiste en un curso o proceso interior, dentro del cual las motivaciones exteriores adquieren forma y realidad; es decir, se convierten en hechos y acontecimientos dotados de sentido. Estos últimos dibujan la peculiar fisonomía de un pueblo y hacen patente el *dentro* de su vida, nunca igual al de otras comunidades humanas. Más, el *dentro* no es una realidad estática y acabada, análoga a la sustancia clásica; es una realidad dinámica, análoga a una función o a una invariante.

Es así como, en el siglo XII, la gente que empieza a identificarse por el nombre de *españoles* llega a ser española «merced a la fe en la pujanza de su ánimo indomable y en el valor de las creencias sobre las cuales afirmaban su impulso combativo». El imperio de los Reyes Católicos es la proyección del vivir castellano, signado por la bravura de los toros y los caballos, sediento de proezas. La conquista de América fue movida más por el sentimiento de supremacía que por la búsqueda del oro: necesidad de «mando y buen rumbo» más que otra necesidad más concreta. La historia realiza valores, no es «el feo reverso del tapiz» (¿vale traducir por «la realidad de la infraestructura»?).

Conforme al planteo organicista, España aparece (y puede desaparecer) en cierto momento de la historia: el siglo VII, cuando fragua «la forma hispánica de vida», merced a que un colectivo de hombres toma nuevos rumbos para escapar a la rutina y a la muerte. Se constituye así el sujeto histórico llamado España, estructurado por las castas religiosas (culturales) judías, moras y cristianas. No es un sujeto inmemorial ni invariable, sino vivo, dentro de los límites de su identidad. Ser español no es una esencia ahistórica, vinculada a un territorio, sino una forma de vida, que tiene la variabilidad relativa de la vida misma.

La identidad española se desmarca de la celtibérica y la visigótica, vertientes que nada le aportan. La denominación de *españoles* viene de fuera, de Provenza, en el siglo XIII. Y en el XV se produce el predominio de los conversos que, exagerando sus virtudes de cristianos viejos (en realidad lo son nuevos) huyen de toda apariencia de hebraísmo y aislan a España de Europa y su desarrollo económico, técnico y cultural. He allí el famoso «desvivirse español» de Castro: no aceptarse como se es, el «estar haciendo regates con la propia vida» para disimular la calidad judía, rechazar la embestida del Islam y no ceder a la pujanza francesa. El español es, pues, un pueblo altomedieval que, por empezar entonces, no tiene Edad Media, sino Edad Inicial. Nada hay que pueda rastrearse como español antes del año 711.

En la fenomenología de este vivir y desvivirse españoles, apunta Castro las siguientes notas:

1.º El sentido divinal de la vida, la insatisfacción, el ir siempre *plus ultra*, el trascendentalismo.

2.º Mezcla de asuntos seculares y religiosos, defectuosa integración de las partes, tendencia al separatismo.

3.º Brusca parálisis y desinterés como consecuencia del brío inicial, que llega, con contradicciones, hasta el siglo XVIII, con ampliaciones de la conquista, y la «entrega» (sic.) en 1824 (batalla de Ayacucho) a los hispanoamericanos de tres siglos de cultura conservada a pesar de las amenazas (sic.) de Inglaterra y Francia.

4.º Personalismo y arrogancia, mala integración con Europa y débil asimilación de sus adelantos técnicos en el dominio sobre la naturaleza.

5.º Forma de vida abierta y centrifugada, dada al raptó místico, al lirismo y a la hazaña.

6.º Tensión entre la dinastía austríaca que somete el Trono al Altar y la insumisión del anarquista ibérico.

7.º Creencia en el valor de la propia persona y en el valor de las demás personas: respeto al otro, altruismo.

8.º Desarrollo de la habilidad combativa, delegación en moros y judíos de las actividades prácticas y la especulación.

9.º Predominio de la contemplación sobre la acción y de la calidad del contemplador sobre los resultados prácticos de la acción. Arrogancia, melancolía, escepticismo y acritud frente a los extraños.

10.º Tendencia a la desintegración de la voluntad colectiva a partir del siglo XVIII.

11. Anheló de desvivirse, de salir al mundo, de habitar lejos. Inseguridad, no estar en claro, vivir en dudosa alarma.

12. Unificación por mitos y leyendas y no por razones ni leyes.

Este catálogo de rasgos característicos de la hispanidad podría ampliarse con la casuística que Castro enfrenta apelando a textos de toda índole, pero ello no hace a su epistemología de la historia, que es el tema de estas páginas.

En cualquier caso, lo curioso del historicismo es que pone el acento en elementos de la historia que la historia no puede penetrar: el origen, que es mítico; la finalidad o misión, que es una escatología, y la vivencia inmanente de la historia misma, que escapa a la comprensión y que sólo puede «experimentarse desde dentro y en el dentro mismo».

Muchas consecuencias ideológico-políticas podrían extraerse de estos enfoques historicistas de la historia española, centradas en el famoso problema de la especificidad de España y su distinción respecto a Europa. Tampoco ese es el asunto que nos ocupa hoy. Giménez Caballero y Américo Castro pertenecieron, en algún momento trágico de sus vidas, y de la vida de todos los españoles, a ejércitos enfrentados que buscaban aniquilarse. La historia, que es menos aficionada a las evidencias y las obviedades, permite rastrear cuánto de real distancia filosófica y cuánto de secreta identidad había entre ellos.—BLAS MATAMORO. *San Vicente Ferrer*, 34, 4.º, 28004 MADRID.